

La cientificidad en la lingüística y el papel histórico de la lingüística indoeuropea: alegato para tiempos difíciles

Ana Agud

Universidad de Salamanca. Departamento de Filología Clásica e Indoeuropeo
anaagud@usal.es



Recepción: 28/02/2013

Resumen

El artículo reflexiona críticamente sobre el desarrollo de la lingüística estructural, que se desplazó del modelo de la lingüística indoeuropea, con su perspectiva histórico-comparativa sobre textos reales, a especulaciones sobre el «sistema lingüístico» que, con frecuencia, implican una seria disminución del componente empírico y una constitución bastante especulativa de sus «objetos». Aduce y analiza también un texto crucial de Nietzsche sobre esta cuestión.

Palabras clave: lingüística indoeuropea; historia crítica de la lingüística; constitución del objeto en lingüística; Nietzsche sobre el lenguaje; estructuralismo cultural.

Abstract. *The Scientific Nature of Linguistics and the Historical Role of Indo-European Linguistics: a Plea for Hard Times*

The paper reflects critically on the development of structural linguistics, which moved from the model of Indo-European linguistics, with its historical-comparative perspective on real texts, to speculations about the «linguistic system» which often entail a serious loss of empiricism and a largely speculative constitution of its «objects». It aduces and analyzes a crucial text by Nietzsche about this subject.

Keywords: Indo-European Linguistics; critical history of Linguistics; object constitution in Linguistics; Nietzsche on language; cultural Structuralism.

Sumario

1. Introducción
2. Filología e historicismo en el siglo XIX
3. La revolución epistemológica de la lingüística indoeuropea
4. Contraposición epistemológica de la lingüística histórico-comparativa y la lingüística general estructuralista
5. Actualidad de la investigación histórico-comparativa del lenguaje como perspectiva integradora

1. Introducción

De acuerdo con Kant, una disciplina contiene tanta ciencia como matemática hay en ella, esto es, según él, la cientificidad está unida a la *formalización* y a la *generalidad*. Este postulado se mantiene vigente desde entonces para las llamadas «ciencias de la naturaleza», que, en buena parte, se definen justamente por referencia a él. Para el tema de la cientificidad de las llamadas «ciencias humanas», sin embargo, han ocurrido, desde Kant hacia nuestros días, muchas cosas relevantes que obligan a replantearse tanto su estatuto científico como los criterios que puedan definirlo. No sólo se han producido, en esas «ciencias» y en particular en la filosofía, nuevas formas de autorreflexión crítica, sino que también se han consolidado métodos rigurosos, tanto historiográficos como hermenéuticos, en el trabajo con textos de culturas propias y ajenas, esto es, en las nuevas «ciencias históricas del espíritu»; se ha inventado la «lingüística histórico-comparativa» de las grandes familias de lenguas, una nueva manera de abordar el estudio del lenguaje que dio lugar a un verdadero nuevo paradigma científico en las «ciencias humanas», y han surgido toda una serie de presuntas «ciencias» de «objetos» culturales como el lenguaje, la sociedad, la religión, la literatura y muchos otros, cuyo estatuto científico resulta altamente problemático.

Dos siglos después de Kant, la influencia del paradigma surgido de la lingüística indoeuropea parece mucho más profunda y decisiva que la del derivado de la hermenéutica histórica, por más que los «nietos» de la vieja indoeuropeística en su mayoría ignoran que lo son. Se tienen, en cambio, por hijos de una presunta *tercera revolución* surgida a comienzos del siglo *xx* denominada «estructuralismo» (la primera fue la gramática «general y razonada» de la Ilustración; la segunda, la lingüística histórico-comparativa). Esa tercera es, sin embargo, como intentaré mostrar, más bien una pseudorrevolución. Lo que sí logró en todo caso fue poner en marcha un proceso de liquidación de la lingüística histórico-comparativa en los países en los que ésta había alcanzado un mayor desarrollo, singularmente en la Europa central, que parece que va llegando a su culminación. En España, ni siquiera hemos tenido la oportunidad de crear departamentos ni carreras de lingüística indoeuropea, y el papel de ésta en los estudios de las lenguas clásicas, casi los únicos que la incorporan, no sólo no ha pasado de auxiliar, sino que incluso en esta función su presencia es cada vez menor. Son tiempos oscuros, en los que se está destruyendo un fenomenal patrimonio espiritual de la humanidad que será muy difícil de recuperar.

2. Filología e historicismo en el siglo *xix*

El paradigma de la ciencia como saber con validez universal, independiente de creencias, posición social, pertenencia cultural o actitudes personales del científico, es herencia del racionalismo europeo. El ansia de universalización había sido ya también el soporte de la vieja metafísica. En la Europa secularizada la idea es que cualquiera tiene que poder aceptar la evidencia del conocimiento científico con sólo que posea la competencia profesional requerida. En otras

palabras: en relación con el saber, las diferencias entre los individuos han de resultar irrelevantes.

Ahora bien, la manera como se entiende una obra literaria, o un razonamiento filosófico, o un episodio de la historia, o un concepto importante dentro de una cultura, no puede estar sujeta a ese imperativo de la irrelevancia del sujeto. Poco después de la obra kantiana aparece en nuestra historia espiritual el desconcertante descubrimiento de Wilhelm von Humboldt de que «el lenguaje tiende, ciertamente, puentes de una individualidad a otra y facilita así el entendimiento recíproco», pero que «la diferencia entre los individuos más bien la acrecienta»¹. Por medio de este axioma y de su extenso desarrollo doctrinal sobre todo en el llamado «Kawiwerk», Humboldt introduce en la historia del pensamiento europeo sobre el lenguaje un concepto de la *individualidad* estrechamente relacionado con el hegeliano y que, a partir de él, tendrá que aceptarse como fundamental en la autorreflexión de las ciencias del espíritu, pues define de un modo completamente nuevo el «espíritu humano» como sujeto del conocimiento.

Y lo define de forma tal que los conceptos del conocimiento y del sujeto que sabe en el dominio de las ciencias de la naturaleza tendrán que entenderse a partir de ese momento como «contrafácticos», como una *ficción útil*, y no como la *verdad*; como un *determinado paradigma que se justifica pragmáticamente*, y no como el paradigma de todo conocimiento², pues cuando el ser humano se expresa en una lengua natural, sus palabras y sus frases significan para cada uno aquello que cada uno *puede* representarse bajo ellas como consecuencia del conjunto de su vida y de sus experiencias. Pero la ciencia tiene que producir identidad de significados para poder cumplir con el requisito de la generalidad, y sólo puede hacerlo sometiendo el lenguaje natural a una drástica *reducción*. Mediante un estrechamiento radical de las palabras y de la sintaxis que se aceptarán como válidas en ella se generan las llamadas «lenguas formalizadas». Sólo dentro de ellas tiene sentido el tradicional concepto natural-científico de la verdad.

Todo ámbito de la experiencia humana que no se deje reconducir a una lengua de esa clase tiene que trabajar con un *concepto de la verdad distinto y más complejo*. La *Ciencia de la lógica* de Hegel constituye, hasta el momento, el intento más profundo y abarcante de desarrollar y fundamentar esa alternativa, pero la legendaria dificultad de ese texto ha acabado por dejarlo fuera de juego entre los profesionales académicos de las ciencias del espíritu. Y esto nos ha perjudicado a todos, pues lo cierto es que ahora nos vemos obligados a combatir contra el imperialismo del paradigma de las ciencias naturales, por así decirlo, con armas paleolíticas.

1. W.V. HUMBOLDT (1963), *Über die Verschiedenheiten des menschlichen Sprachbaues und ihren Einfluss auf die geistige Entwicklung des Menschengeschlechts (Kawi-Werk)*, Darmstadt, WB, pwr. 31, p. 558.
2. Sobre este carácter ficticio del paradigma científico de la «realidad» ha aportado nueva evidencia la investigación biológica sobre el cerebro. En el campo de la biología se ha producido así una autorreflexión no siempre consecuente, pero sí decidida en cuanto a que los objetos de toda observación de la realidad, incluida la científica, son «fabricados» por el cerebro y no «tomados de la realidad».

Humboldt y Hegel son como relámpagos que iluminaron el paisaje cultural de pronto de un modo completamente diferente, que permitieron advertir de repente formas, colores y perfiles totalmente insospechados para extinguirse casi de inmediato. Constituyen un rayo directo hacia el interior de la caverna platónica que, en cuanto desaparece, vuelve a condenar a los hombres encerrados en ella a un mero reflejo de la luz exterior y trascendental del sol y los reduce a las puras sombras de la realidad. Metafísica antes, metafísica después. A continuación de ellos, las ciencias naturales regresan al «letargo metafísico», como llama Kant a la fe científicista, y determinan, desde su perspectiva privilegiada, el nuevo concepto triunfal de la verdad para el que sólo ellas proporcionan el paradigma válido³. Las ciencias del espíritu retroceden e intentan en vano defender su propio paradigma hermenéutico. Nada que hacer: el nuevo modelo ha venido para quedarse.

Una Europa cada vez más positivista se apunta a la nueva tendencia y, sobre todo en Alemania, construye, en un periodo asombrosamente breve, el edificio científico más portentoso de la tradición humanística. La nueva historiografía y filología, así como la lingüística histórico-comparativa, sobre todo de las lenguas indoeuropeas, son sus principales representantes, pero no tardarán en sumarse, además de las otras lingüísticas histórico-comparativas, la psicología experimental, la sociología positivista, la antropología y la lingüística estructural, ciencias que, en apariencia, sustituyen la *comprensión* hermenéutica de textos por una *identificación verificable de hechos*. Naturalmente este proceso desencadenó una profunda crisis de conciencia en las ciencias humanas. Pronto surgieron voces serias y competentes denunciando la parcialidad del enfoque científicista. En la sociología Max Weber propuso toda una serie de reflexiones teóricas que podrían proporcionar también a los lingüistas más de un impulso productivo.

Por el lado de la educación humanística es Nietzsche quien tal vez formula las objeciones más radicales. En 1878 publica una serie de conferencias sobre el futuro de nuestras instituciones educativas. No deja de ser significativo que dé a estos textos la forma de diálogos cuasiplatónicos entre un viejo catedrático de filosofía sarcástico y cascarrabias, pero culto y honrado, y unos jóvenes estudiantes. Con pretensiones literarias, enmarca el diálogo en un escenario muy romántico, el de los bosques y claros al sur de Bonn frente a la ruina del Drachenfels, en la ribera izquierda del Rin. No resistiré a la tentación de citar, en mi propia traducción, un delicioso pasaje referido expresamente a la lingüística indoeuropea:

De hecho, dijo el filósofo riéndose, hay ahora muchos filólogos que han vuelto atrás como tú pretendes y veo un contraste tremendo con las experiencias de mi juventud. Muchos de ellos llegan, consciente o inconscientemente, a la convicción de que un contacto directo con la Antigüedad clásica no tiene para ellos utilidad ni esperanza alguna, que es la razón por la que este estudio pasa por ser ahora entre la mayoría de los propios filólogos algo estéril, obsoleto, epigonal. Con tanta o más ansia se han precipitado todos esos sobre la lingüística: aquí, en un campo ilimitado de tierra

3. Para muestra un botón: la «teoría de la realidad» de Maturana, propuesta como alternativa a cualquier filosofía y como única consecuencia válida del conocimiento natural-científico, en su caso biológico.

de labranza recién roturada, en el que ahora mismo hasta las dotes más mediocres pueden ser todavía de alguna utilidad y que una cierta sobriedad pasa ya incluso por talento positivo, con la novedad e incertidumbre de los métodos y el peligro constante de caer en los extravíos más fantásticos —aquí donde el trabajo codo con codo en filas prietas se considera justamente lo más deseable—, aquí al que llega no le sale al encuentro esa voz mayestática y disuasoria que sí resuena desde las ruinas de la Antigüedad. Aquí se recibe a todo el mundo con los brazos abiertos, y hasta a quien, viéndoselas con un Sófocles o un Aristófanes, jamás habría sido capaz de llegar a ninguna impresión que se salga de lo normal, a ningún pensamiento digno de consideración, se lo sienta ante un telar etimológico o se le pone a recoger restos de cualquier dialecto remoto, y entre juntar y separar, entre reunir y dispersar, corriendo de un lado para otro y consultando cosas por los libros, se le va la jornada. ¡Y un investigador tan provechoso del lenguaje se supone que además es sobre todo profesor! ¡Que, de acuerdo con sus obligaciones, habrá de enseñar sobre los autores antiguos, por el bien de los bachilleres, algo sobre lo que él mismo nunca ha llegado a desarrollar ninguna impresión, no digamos comprensión! ¡Qué mal asunto! La Antigüedad no le dice nada, luego él no tiene nada que decir sobre la Antigüedad. Pero de pronto se le hace la luz: ¡por algo es lingüista! ¿No escribían aquellos autores en griego y en latín? ¡Pues entonces! Así que se pone entusiasmado a la tarea, empezando por el mismísimo Homero, y se dedica a hacer etimologías, echando mano del lituano o del eslavo eclesiástico, pero sobre todo del sagrado sánscrito, como si las clases de griego no fuesen más que un pretexto para hacer una introducción general al estudio del lenguaje, y como si Homero hubiese cometido un error de principio al no haber escrito directamente en protoindoeuropeo. Quien conozca los institutos de bachillerato actuales sabrá hasta qué punto sus profesores se han apartado del apego a los clásicos y cómo, por el sentimiento de esta carencia, han acabado imponiéndose esas actividades eruditas de la lingüística comparativa [...]. Y o yo estoy equivocado, dijo el filósofo, o tengo la sospecha de que, por la manera de enseñar griego y latín en los institutos ahora mismo no es posible llegar a ese saber que consiste en hablar y escribir cómodamente en esas lenguas, que es lo que manifiesta el dominio de la lengua: algo que marcó a mi generación, muy vieja ya, claro está, y diezmada. Los profesores de ahora andan con sus alumnos en un plan tan genético e histórico que, al final, en el mejor de los casos, los convertirán en pequeños sanscritistas, en toros de fuego etimológicos o en fanáticos de las conjeturas, pero ninguno de ellos podrá, como nosotros, leer para su placer a un Platón o a un Tácito⁴.

Y en otro lugar dice: «[...] el método predilecto es paralizar la natural inclinación instintiva de los jóvenes hacia la filosofía por medio de la llamada “formación histórica”»⁵.

Nietzsche relaciona directamente el historicismo con la lingüística indoeuropea, lo que sin duda se justifica. Sin embargo, no advierte la especificidad de la revolución indoeuropeística frente al historicismo en el resto de las ciencias humanas. Sólo ve en ella la corrupción de la verdadera filología, y la pone al nivel del histori-

4. F. NIETZSCHE (1954), «Über die Zukunft unserer Bildungsanstalten», *Gesammelte Werke*, G. COLLI y M. MONTINARI (ed.), vol. 3, p. 703-5.

5. *Ibidem*, p. 742.

cismo filológico de un Wilamowitz, su antagonista del alma. Pues del mismo modo que, en la filología, la investigación histórica ha reemplazado en gran medida al esfuerzo de *interpretar* la gran literatura y filosofía, haciendo que el trabajo degenerara muchas veces en una banal persecución de la exactitud en la consignación de hechos comprobables, también la lingüística histórico-comparativa ha reemplazado para él a la verdadera cultura lingüística, consistente en que el científico del espíritu desarrolle la fuerza y la capacidad necesarias para una expresión del pensamiento correcta, rica y estéticamente sugestiva. Esta nueva ciencia del lenguaje no quiere saber nada de la superioridad de las grandes lenguas de cultura frente a otras, ni de la de unos textos frente a otros. Se presume democrática porque lo pone todo en el mismo plano. Su igualitarismo lingüístico tiene como consecuencia la ignorancia de las más altas cotas de rendimiento cultural.

El modelo nietzscheano de las ciencias del espíritu suena terriblemente reaccionario, algo que no puede por menos de sorprender en un crítico tan radical de la cultura. Pero lo cierto es que entender a Nietzsche es un arte en sí mismo, y entiendo que, para nuestro tema, hay aquí claves importantes, pues Nietzsche desenmascara con acierto la resignación de las ciencias de la cultura frente al naciente y triunfante paradigma de las ciencias naturales, y la denuncia como derrotismo cobarde. La verdadera ciencia del espíritu es para él cosa de valentía y coraje frente a la moda, y su mayor calamidad es renunciar a admirar los rendimientos más sublimes de la humanidad, del genio, que lógicamente obligan a hacer el esfuerzo de ponerse a su altura, y limitarse a descomponer y analizar esos rendimientos como meros materiales inertes. Nietzsche lamenta que ya incluso la propia lengua viva sea manejada como si estuviese muerta, en lugar de, a la inversa, revivificar las muertas adquiriendo en ellas la mejor competencia posible. Por eso considera la «ciencia del lenguaje» como lo contrario de la educación lingüística, que para él es tanto como educación a secas.

Nietzsche reacciona, pues, contra la banalización que se produce en las ciencias del espíritu cuando el trabajo de la interpretación individual cede ante el objetivismo de las ciencias que aíslan, experimentan y formalizan. Cuando la investigación histórica de lenguas y textos reemplaza a la interpretación individual de la cultura y arroja a los clásicos a la fosa común de lo inservible; cuando la valoración estética y la admiración de lo hermoso y sublime se convierten poco menos que en un atropello antidemocrático y acientífico el resultado es que se extingue el sentido *humanista* de la ciencia de la cultura. Por otra parte, la conversión de los logros de la humanidad en «objetos culturales» de investigación, que es en lo que desemboca el planteamiento cientificista, se funda inevitablemente en improvisaciones y ocurrencias del momento. Para poder convertir el «lenguaje» en objeto de investigación exacta, se parte de decisiones simplificadoras como la de que «la lengua es un sistema de signos», o que el lenguaje es un «comportamiento estructurado», o un «procedimiento de emparejar señales acústicas y significados». ¿Cómo no percibir el brutal reduccionismo de esos «inicios axiomáticos»? Este riesgo de la «arbitrariedad de la lingüística», que no del signo, era muy claro para Nietzsche. Y algo precipitadamente echó en el mismo saco a la incipiente lingüística indoeuropea.

Ahora bien, si queremos reconocer correctamente el papel de la revolución indoeuropeística en la crisis decimonónica de las ciencias humanas y en su presunta superación, será necesario contemplarla desde el trasfondo del movimiento historicista en su conjunto y hacer aquí algunas distinciones.

El historicismo aporta dos progresos decisivos. Por una parte, adopta los criterios de la investigación empírica y funda así una ciencia que permite la verificación objetiva: es posible demostrar si algo pasó en un cierto lugar y momento o no, y de qué manera. Si se logra esa demostración, el conocimiento adquirido es de la misma naturaleza y posee la misma clase de certidumbre que el de una ley natural. Claro está que a eso ha de seguirle una *interpretación* histórica, que es la que convierte la «narración de hechos» en «historiografía propiamente dicha», pero lo cierto es que con los nuevos métodos se garantiza un fundamento fiable de hechos y se lo amplía extraordinariamente. Esto representa un enorme progreso y ha contribuido decisivamente a la complejidad y a la adecuación de la hermenéutica.

Por otra parte, el historicismo ha introducido en las ciencias del espíritu la evidencia de que no sólo son históricos los acontecimientos que investigamos, sino también los *conceptos con los que nosotros nos acercamos a ellos*; que el propio sujeto es alguien que se hace en el tiempo; que tiempos distintos condicionan preguntas teóricas e intereses de conocimiento también distintos, y que, en fin, ningún concepto posee un significado permanente e intemporal, que la propia ciencia es histórica, y sus certezas, provisionales, pues ni las palabras se entienden siempre de la misma manera, ni las «cosas» que decidimos que han tenido lugar en el pasado siguen siendo las mismas eternamente. La Revolución Francesa no es la misma «clase de cosa» ahora que hace dos siglos. Se la conceptualiza e interpreta de formas diferentes, de modo que se convierte en un «objeto» distinto.

Pues bien, en este escenario académico, el lenguaje adquiere de pronto una importancia que nadie habría sospechado antes, y lo hace justamente por causa de la lingüística histórico-comparativa.

3. La revolución epistemológica de la lingüística indoeuropea

La revolución indoeuropeística, hija ella misma de circunstancias puramente históricas y casi casuales, como la progresiva llegada de materiales lingüísticos orientales a Europa, tiene lugar tras un largo periodo de especulaciones racionalistas y fuertemente universalizantes sobre la esencia del lenguaje. De pronto aparece ante los ojos de los «científicos del espíritu» un objeto enteramente nuevo, que de momento se interpreta desde los supuestos del historicismo y el cientificismo: resulta que lenguas muy alejadas en el espacio y en el tiempo revelan un inequívoco parentesco que obliga a inferir un pasado común, pero las señales de ese parentesco se muestran en el lado puramente *material* del lenguaje, en sus sonidos, es decir, en la parte del lenguaje que hasta entonces había parecido menos importante, porque tiene un papel muy limitado en la interpretación y el enjuiciamiento de los textos.

El lado sonoro del lenguaje, sobre el cual Humboldt había trabajado ya tanto y tan innovadoramente en el plano teórico, se revela ahora como un *objeto histórico*. Y las primeras investigaciones arrojan muy pronto una nueva y asombrosa

evidencia: esta historia es *nomológica*. Tiene lugar por leyes. Es posible detectar en ella leyes evolutivas, formularlas y verificarlas. No son leyes generales, sino individuales, justamente históricas: no se puede saber de antemano en qué dirección irá una evolución fonética, ni si se producirá, pero se puede verificar que, si se produce, se impondrá de una manera general.

Estas «leyes históricas» de la lingüística indoeuropea constituyen una absoluta novedad, tanto en la historia espiritual europea como en la ciencia occidental en su conjunto, y su estatuto epistemológico tenía que convertirse en un problema. Lamentablemente este problema sólo lo percibieron los propios indoeuropeístas, que en general carecían de formación filosófica. Esta es la razón por la que nunca llegó a producirse una verdadera discusión *epistemológica* sobre esas «leyes», sino sólo polémicas internas metodológicas sobre el tipo de generalidad que les es propio. La ceguera de los universitarios respecto de las dimensiones epistemológicas de la nueva ciencia lingüística devendría ominosa para el desarrollo ulterior del conjunto de las ciencias humanas en el siglo XX.

La nomología de la historia fonética concitó pronto dudas en el seno de éstas. Los adversarios del concepto indoeuropeístico de las leyes fonéticas «sin excepciones» procedían sobre todo de la romanística, un campo en el que se trabaja mucho más con textos singulares originales que con tradiciones textuales estandarizadas, ya que aquí la documentación conservada es mucho más rica y está más diferenciada geográficamente que la de los indoeuropeístas. Y quienes tratan regularmente con textos originales se muestran más sensibles a sus singularidades y diferencias, a lo individual. En estas condiciones se advierten mejor las peculiaridades dialectales e incluso idiolectales, lo que condiciona también la propia experiencia lingüística. Es lógico que lo puramente nomológico pase aquí a un segundo plano e incluso que parezca secundario. El romanista del siglo XIX hacía, en general, más filología que su homólogo indoeuropeísta. A su vez, la búsqueda actual de nuevas nomologías en la propia lingüística indoeuropea también tiene lugar en mucho mayor medida de la mano de textos singulares y de sus filologías.

El historicismo alemán, que recibió también impulsos importantes de la romanística, estuvo bajo el signo romántico de la recuperación del pasado y del reconocimiento de lo individual e histórico frente a las sistemáticas generalizantes de los especuladores racionalistas. Tenía vocación filológica. Y es un hecho que fue la lingüística indoeuropea del siglo XIX la que abrió la puerta a la exploración de las otras culturas de la familia, cuyos textos empezaron a traducirse de primera mano e impulsaron importantes cambios filosóficos y estéticos en Europa, lo que redundó en una enorme ampliación de la propia filología.

Dentro de la indoeuropeística surge pronto una cierta polaridad (apenas polémica teórica) entre la búsqueda de cada vez más leyes fonéticas, que acaba arrojando un corpus impresionante de evidencia científica sobre la historia de las lenguas, y la exploración de textos singulares, con el fin de profundizar en su comprensión por medio de la comparación (grosso modo, es la diferencia entre las llamadas Escuela de Leipzig y Escuela de Berlín). Son orientaciones en realidad complementarias. Hoy día sabemos mucho más sobre las fases más antiguas de la cultura india, de las que sólo tenemos los Vedas, porque la comparación lingüística ha permitido

establecer cada vez más etimologías y más nexos de sentido equiparables que permiten hacer conjeturas mucho más fiables sobre los significados. En los estudios de Delbrück sobre la sintaxis védica se puede apreciar muy bien hasta qué punto la perspectiva histórico-comparativa contribuyó a afianzar y afinar la sensibilidad filológica.

El descubrimiento y la exploración de lo nomológico en la evolución fonética son lo que hizo posibles estos progresos de la comprensión, y, a despecho de las reservas de Nietzsche, han contribuido decisivamente a afinar una filología de orientación humanística. Frente a ese Zaratustra que Nietzsche se inventó con toda libertad y no poca arbitrariedad, el iranista con buena formación indoeuropeística (y sólo él) puede hoy día alcanzar una comprensión mucho más ajustada de esa figura histórica —si es que realmente lo fue— que, ya en su vaguedad, había fascinado tanto a Nietzsche.

Sin embargo, es un hecho que la sobreiluminación de la nomología fonética ha condicionado muchas veces un desplazamiento subliminal del centro de gravedad en la consideración del lenguaje. A lo largo del siglo XIX esta tendencia ganaría tanto peso que desencadenaría la tercera revolución lingüística: la estructuralista. De lo que se trataba —y que es lo que Nietzsche temía— era de *aislar el lenguaje*, como *sistema igualitario*, de los textos y las palabras de los seres humanos reales, de emanciparlo respecto del trabajo filológico y su capacidad de juicio valorativo, de desacreditar éste científicamente como puramente «subjetivo» (a no ser que haga historia cientificista) y de celebrar como nuevo objeto de la ciencia únicamente al «lenguaje en sí».

4. Contraposición epistemológica de la lingüística histórico-comparativa y la lingüística general estructuralista

Los primeros problemas epistemológicos que acabarían desembocando en la consideración del lenguaje como «objeto sólo en función de sí mismo» pueden advertirse ya en la extraña manera como Hermann Paul se representa una «ciencia de los principios de la historia del lenguaje». Incluso él, que sin duda fue, entre todos los indoeuropeístas del siglo XIX, el que mejor comprendió el carácter singular de la nomología histórica de las lenguas, sueña sin embargo, en última instancia, con alguna nomología universal de la evolución de las lenguas, con unas «condiciones generales de vida del objeto que evoluciona en la historia», con «factores que permanezcan constantes en el cambio», con «fuerzas y factores constantes». Y aunque tales elementos constantes de la historia lingüística, condicionados sólo por el sistema mismo, no se han corroborado, la idea de que tiene que haberlos constituye el impulso teórico por el que hacia fines del siglo XIX *el concepto cientificista de sistema lingüístico salta de la nomología histórica a la sincrónica*.

La investigación histórico-comparativa había descubierto y estudiado una sistemática interna en el lado fonético de las lenguas. A partir de ahora, y a diferencia de la vieja tradición gramatical «analogista», la lengua entera será considerada *como un sistema* desde el *paradigma de ese lado fonético*. Los otros planos superiores de la articulación de la expresión, morfología y sintaxis, se indagan desde la analogía

con la investigación sistemática de los sonidos lingüísticos, pero, antes de toda investigación concreta, se consolida el prejuicio de que *el conjunto de la lengua tiene que ser un sistema formal*. ¿Pero formal en qué sentido?

Los sonidos son, en cierto modo, la «forma» de los contenidos lingüísticos. En cierto modo, pues los contenidos mismos también tienen su propia forma, las categorías de la gramática, del vocabulario, las pautas sintácticas. Y a su vez los sonidos no son sólo forma: tienen su forma y su sustancia. ¿Qué es en realidad «forma» en el lenguaje? ¿Qué quiere decir aquí la palabra *forma*, y frente a qué se perfila la idea de la formalidad lingüística? ¿Frente al «contenido»? ¿Frente a la «sustancia», o a la «materia»? ¿O frente a lo no sistemático? ¿O frente a lo individual? ¿Qué quiere decir esa idea de que el lenguaje es formal, o que es un sistema formal?⁶. Lo cierto es que el punto de vista estructuralista sobre el lenguaje estuvo lastrado desde el principio por estos problemas «trascendental-lógicos», como los llama Habermas.

En cambio la indoeuropeística no había tenido esta clase de problemas. Ella no especula sobre los conceptos bajo los cuales *subsumir* lo lingüístico, porque, en realidad, no hace nada de eso. Estudia la historia de las lenguas en los textos conservados, descubre leyes evolutivas, pero sabe bien que éstas *no* se aplican en el cien por cien de los casos, que las excepciones son cuantitativamente no triviales y que, por lo tanto, la nomología fonética sólo es *una* de las condiciones del cambio histórico.

Por eso se ve obligada a indagar qué ha pasado *en cada caso*, si ha operado en él una ley fonética o alguna motivación diferente, pues sabe que existen motivos distintos de los nomológicos. Se los suele reunir bajo el término genérico de *analogía*. La *analogía* se entiende como una especie de fuerza opuesta a la de las leyes fonéticas. No constituye, sin embargo, un concepto definible, sino que es más bien el nombre de la tendencia inconsciente de los hablantes a permanecer sistemáticos. Esta tendencia hunde sus raíces en la psicología específicamente humana, que es siempre estructurante y que está continuamente produciendo estructura.

En las lenguas no hay nada que esté al resguardo del cambio, pero todos y cada uno de los sujetos humanos necesitamos estabilidad en nuestro lenguaje. La historia de las lenguas es la historia de los cambios espontáneos y de los intentos simultáneos de compensarlos y de estabilizar. En esto el indoeuropeísta no puede tener prejuicios: lo suyo es investigar ambas cosas en los textos. Su regla de oro metodológica es: «Busca leyes hasta que ya no puedas más, y cuando esto ocurra, intenta comprender qué ha pasado». En el final de este camino, lo creamos o no, está el texto, cada texto, en su singularidad histórica.

En esto la indoeuropeística resulta ser enteramente empírica y orientada hacia la *parole*. No tiene prejuicios a priori sobre qué es o qué tiene que ser el lenguaje. Esta es también la razón por la que estuvo en condiciones, en su momento, de quebrar los viejos prejuicios racionalistas y de colocar el conjunto del lenguaje bajo una luz nueva e inesperada. Y por supuesto que *también su manera de focalizar*

6. Cf. A. AGUD (1981), «Form und formal in der wissenschaftlichen Sprachbetrachtung», *Logos Semantikos* (Homenaje a E. Coseriu), Madrid/Berlín, Gredos/Walter de Gruyter, p. 19-31.

es unilateral: tampoco se la puede absolutizar. Pero es resultado de una actitud no preconcebida, del asombro ante la aparición de un «objeto» enteramente ajeno a las racionalizaciones anteriores, y de la necesidad de reinventarse como estudio científico de ese nuevo objeto lingüístico, y esto es lo que dio su impulso a la revolución indoeuropeística. La lingüística indoeuropea y las otras lingüísticas histórico-comparativas, singularmente la romanística y la semitística, ya no podían ver la «gramática» como el *verdadero núcleo del lenguaje y de su relación con la realidad*, sino como sólo uno de los aspectos de la historia del espíritu humano, como uno de los planos de la autoarticulación de los hablantes y como resultado cambiante de fuerzas y tendencias muy diversas. La «verdad» no estaba en ella, sino en el *conjunto* de esas fuerzas que la generan y la regeneran de continuo. Estaba «en el todo», como decía Hegel. Y para el lingüista el «todo» son los textos reales en su propio contexto.

A diferencia de los indoeuropeístas, cuyo trabajo tiene que partir siempre y sólo de textos reales, los *lingüistas generales* que surgieron del rechazo del historicismo lingüístico y de la generalización del imperativo de la «formalidad» se dedicaron a categorizar el lenguaje al hilo de sus propias ocurrencias axiomáticas, a edificar modelos del «lenguaje en sí» y a crear su propio material lingüístico a la medida de sus necesidades, en forma de *ejemplos contruidos* por uno mismo, que, obviamente, siempre confirmaban los prejuicios del investigador en la categorización de lo lingüístico. Entre los lingüistas histórico-comparativos, en cambio, está prohibido inventarse los testimonios.

Las lingüísticas formales proyectan sobre el lenguaje viejos prejuicios racionalistas, en forma de requisitos apriorísticos de coherencia de los sistemas lingüísticos. A partir de la nomología de la evolución de los sonidos se infirió la necesidad teórica de una sistemática interna de las lenguas, a través de tres saltos ya usuales en la historia de la lingüística occidental:

1. Mediante el salto gramatical del adjetivo o del adverbio al sustantivo: las lenguas se comportan de un modo *sistemático*, así que «tienen» un *sistema*.
2. Mediante el salto ontológico del sustantivo a la sustancia: el sistema *existe* y tiene «propiedades» sistemáticas.
3. Mediante el salto epistemológico de la sustancia al objeto: *es posible convertir el sistema en objeto* de investigación.

La trampa en la que cae este razonamiento es la inferencia no válida de un presunto «sistema en sí» tangible, susceptible de investigación empírica, a partir de la relativa sistematicidad de ciertos procesos.

Por el contrario la lingüística indoeuropea, y todas las demás lingüísticas histórico-comparativas, investigan en discursos históricos reales los resultados que arroja en cada caso el fino juego de dos tendencias fundamentales de los hablantes: la tendencia a erosionar la pronunciación y a desdibujar diferencias y contrastes (la pereza articulatoria) y la tendencia a mantener distinciones lingüísticas reconocibles (la necesidad cognitivo-psicológica de estabilidad estructurante). «Lo nuevo en la historia», es decir, el conjunto de lo que le ocurre a una comunidad lingüística a lo

largo del tiempo y que desencadena en ella reacciones e innovaciones de todo tipo, se procesa en la tensión entre esas dos tendencias.

Como decía Coseriu: la pregunta no es por qué cambian las lenguas, sino cómo es posible que algo permanezca inalterado en ellas dadas las circunstancias.

La respuesta a esta pregunta nos la ha proporcionado la psicología evolutiva, y lo ha hecho de un modo que encaja asombrosamente bien con las intuiciones teóricas del indoeuropeísta Hermann Paul: en cada fase de su maduración, el niño desarrolla nuevas estrategias de estabilización de sus expectativas. Un niño está continuamente sistematizando su trato con los juguetes, con las cosas y con las personas tanto como su competencia para comunicar. Al paso de experiencias cada vez más ricas (al paso de su historia personal), va generando nuevas pautas de comportamiento que tienden a ser regulares. En el campo de la actuación práctica, esto se advierte en su manera de crear continuamente nuevos juegos y nuevas reglas de juego; en el hablar, en su manera de ir creando nueva gramática. Los adultos estabilizan sus pautas de comportamiento lingüístico durante periodos mucho más largos, pero también las cambian con el tiempo.

La lingüística histórica *investiga empíricamente en los textos esta dinámica constante de creación de lenguaje*. Su trabajo constituye el *correlato histórico y filológico* del trabajo experimental de Piaget sobre el desarrollo cognitivo del individuo.

En este terreno la lingüística indoeuropea desarrolló un fino método de investigación, que ha ido adaptándose a los nuevos hallazgos y afinándose con ellos. El método no ha quedado obsoleto, entre otras cosas porque en él ni siquiera el concepto general del sistema lingüístico se ha mantenido como un supuesto fijo: el indoeuropeísta está igualmente preparado para hacer frente a lo no sistemático. Su método le permite ir descubriendo de continuo cosas nuevas revestidas de certeza científica y que permiten comprender mejor textos antiguos. A medida que la lingüística histórico-comparativa va comprendiendo su objeto más en profundidad, sus métodos también se mueven y se enriquecen, y en el curso de su historia ha superado también ampliamente la parcialidad de la nomología puramente sistemática de la historia de los sonidos, y su contraposición inicial muy fuerte con la filología, mediante una colaboración cada vez más estrecha con ella. En la actualidad ya no sería pensable un trabajo independiente entre ambas.

Por el contrario, el prejuicio especulativo de que existe un «sistema del lenguaje en sí» ha generado incontables métodos de investigación que se han quedado obsoletos sin excepción en plazos relativamente cortos. La razón es que se ha *identificado mal el objeto*, lo que se muestra, entre otras cosas, en la falsa pregunta de por qué cambian las lenguas. En la medida en que el estructuralismo sincrónico ha creído en su objeto, en realidad *especulativo*, ha producido una falsa ciencia. Es completamente seguro que, en sánscrito, se produjo la «ley de palatalización», pero no lo es si en las lenguas existen oposiciones «privativas y equipolentes», ni si a toda «frase verbal» le corresponde una «frase nominal», ni si algo es un actante o un circunstante, o un determinativo o un artículo, ni si el condicional español es un tiempo o un modo. Todas estas son cuestiones inciertas e *indecidibles*. Aquí las decisiones están circunscritas al ámbito de aceptabilidad de una cierta «escuela» lingüística o a la participación en un determinado «juego lingüístico». No se las

puede verificar mediante el recurso a la experiencia, ni por lo que le parece evidente al «hablante nativo» o al conocedor más o menos científico del lenguaje. Tampoco contribuyen a que se entienda mejor lo dicho o lo escrito. No ayudan al traductor. Y, por volver a Nietzsche: no nos «forman».

El giro sincrónico-estructural del pensamiento lingüístico a comienzos del siglo xx fue sin embargo, sin duda alguna, *heredero de la lingüística indoeuropea*. No por casualidad se lo vincula con el indoeuropeísta De Saussure. La actividad de éste en el campo de la historia de los sonidos tuvo un gran éxito y fue innovadora, ya que presuponía, en medida mayor de lo usual, la idea de una evolución fonética *sistemática*, y no sólo que se impone «sin excepciones» (no sólo *general*). Quizá fue el primero en considerar expresamente las nomologías sincrónica y diacrónica como dos aspectos integrados de un mismo proceso. No es pues extraño que hacia el final de su carrera profesional sintiese la necesidad de volver a pensar sobre el conjunto del lenguaje a partir de esta experiencia.

El *Cours de Linguistique Générale* de De Saussure, verdadera contrapropuesta a los *Prinzipien der Sprachgeschichte* de Hermann Paul, intenta ofrecer a la lingüística una delimitación conceptual del objeto «el sistema lingüístico» de un modo algo ingenuo y desde luego muy acorde con la moda del momento. Él parte del supuesto de que *ese objeto de esa clase de ciencia existe*, y que es posible y necesario aislarlo, identificar sus fronteras, describir su naturaleza y diferenciarlo de todo otro posible objeto. En realidad, la idea del «lenguaje en sí mismo» nace de esta cadena de presuposiciones, que un verdadero filólogo no habría producido de esta manera. En tiempos de Nietzsche, a nadie se le habría ocurrido pensar en la lengua griega como en lo «necesario o esencial», y en la literatura griega clásica como en un mero «uso» casual y contingente de aquella. Las gramáticas griegas se escribían entonces con el fin de facilitar la comprensión de los textos y la profundización en el sentido de los mismos, porque *esos textos eran valorados como un patrimonio cultural importante*. En la secuencia del estructuralismo, esas «gramáticas filológicas» se entendieron, sin embargo, como metodológicamente incorrectas, ya que estaban concebidas «al servicio de la filología», como auxiliares en lugar de autónomas. No se centran en el sistema, sino «sólo» en sus aplicaciones.

Quienes ahora tienen a la lingüística indoeuropea por algo anticuado y poco útil proceden, a su vez, de esa cadena de razonamientos que de la comprobación empírica de la nomología histórica, propia de la dinámica interna de las lenguas, infiere una sistematicidad general o absoluta, postulada especulativamente, de un objeto también supuesto especulativamente, el «lenguaje en sí mismo», como algo preexistente a su «uso».

Así como el trabajo de los indoeuropeístas ha ido arrojando un cuerpo cada vez mayor de evidencias comprobables sobre las sutilezas de la expresión lingüística en textos preteritos de lenguas antiguas, los entronques teóricos alternativos de las lingüísticas estructurales del siglo xx (estructuralismo de Praga, estructuralismo americano, lingüísticas behavioristas, glosemática, funcionalismo francés, gramática generativa, gramática estratificacional, gramática de Montague, gramática dependencial, pragmalingüística, lingüísticas formales del texto, gramática funcional de Halliday, lingüística de la huella, lingüísticas cognitivistas, análisis

del discurso, análisis semióticos, temalogía, narratologías varias, ritmología, análisis feministas, etnoculturales, gays, etc.) se van sucediendo unos a otros, van perdiendo valor a medida que pasa el tiempo, y muchos se amontonan ahora en los estantes de las bibliotecas y apenas se les atribuye otro valor que el histórico dentro de la disciplina. El lingüista actual, o bien ha vuelto a *convertirse en filólogo* e investiga *textos* para entenderlos mejor, e intenta encontrar en ellos regularidades e irregularidades del tipo de las que aprendieron a buscar los indoeuropeístas, o bien construye edificios efímeros de *categorías* descriptivas, sobre la base de las últimas publicaciones de sus colegas, y espera a que el siguiente los corrija aquí o allá. Muchos ya sólo hacen lingüística computacional, esto es, tecnología lingüística aplicable a la industria y con la que se puede ganar dinero, o bien formas de «lingüística aplicada» como la traductología y la enseñanza de idiomas extranjeros, lo que también responde a necesidades de la sociedad actual y genera profesiones con las que uno se puede ganar la vida.

Sin embargo sobre la naturaleza de la condición lingüística del ser humano no sabemos ahora mucho más que a comienzos del siglo XX. La obra teórica de Humboldt sigue esperando una continuación que recoja el conocimiento que tenemos ahora, pero esa continuación difícilmente podrá partir de un trabajo distinto del inventado por la lingüística histórico-comparativa a lo largo de los siglos XIX y XX.

5. Actualidad de la investigación histórico-comparativa del lenguaje como perspectiva integradora

La contraposición que hace Nietzsche entre la «verdadera filología» y la «lingüística banal» arroja sobre esta última una luz muy sesgada, pues, a propósito de la lingüística indoeuropea, él sólo se fijó en el trabajo de campo que se estaba empezando a hacer en aquella primera fase. No advirtió el gigantesco progreso científico que estaba capacitada para realizar nuestra asignatura en el campo de las ciencias de la cultura y en la educación humanística. En realidad sólo con el «giro lingüístico» la filosofía a comienzos del siglo XX estuvo en condiciones de hacer un juicio teórico correcto sobre este rendimiento. Desde que sabemos hasta qué punto nuestro pensamiento depende de nuestro hablar —y eso lo sabíamos ya desde Humboldt, claro está, pero la idea no se había divulgado aún lo suficiente—, difícilmente podremos escribir una historia del pensamiento independiente de la historia del hablar. Sólo en las últimas décadas se ha abierto paso en Occidente la necesidad de establecer una filosofía comparativa. La lingüística comparativa se adelantó a la filosofía en muchas décadas, y sus resultados son indispensables para ella, como no dejo de comprobar una y otra vez en mi trabajo sobre el pensamiento indio antiguo.

En el plano filológico la lingüística indoeuropea no fue sólo, como le pareció a Nietzsche, una traición a nuestros clásicos, sino que fue la que hizo posible también otras filologías clásicas. El propio Nietzsche no sólo cae en una ensoñación masiva a propósito del Avesta que iban descifrando los iranistas, sino que él mismo es autor de muchas frases sobre la necesidad de pensar de un modo «más oriental» a propósito de muchos temas, esto es, de admirar también a los otros clásicos. Sin la lingüística histórico-comparativa, esto no sería posible.

Sin embargo, él advirtió correctamente que la lingüística indoeuropea puede caer en desviaciones, y lo ha hecho con frecuencia, si pierde de vista la relación de los textos con su propio horizonte cultural y el investigador consagra su vida únicamente a «mover fonemas»⁷. Los profesionales de otras ramas se representan en general al indoeuropeísta como a un puro «desplazador de fonemas» que olvidó hace tiempo para qué los mueve de un lado a otro. Y claro que la sociedad puede prescindir de alguien así, pero lo que está pasando ahora tiene mucho de ahorrarse con el chocolate del loro: cerrar los departamentos de lingüística indoeuropea, como está ocurriendo masivamente en Alemania, ahorrará seguramente algún dinero al Estado y a los contribuyentes, pero priva a la universidad de un necesario contrapeso a los abordajes axiomáticos del estudio del lenguaje, que siguen multiplicándose en la actualidad y perpetuando la ingenua creencia de que es posible hacer «ciencia del lenguaje» con sólo poner en juego categorizaciones intuitivas basadas en modas y prejuicios, y sin la menor conciencia de su propia condición histórica.

Sin embargo hay algo de lo que en parte tienen la culpa los propios indoeuropeístas: de que la sociedad prácticamente lo ignore todo sobre la fascinante aventura de la lingüística histórico-comparativa, sobre esas experiencias inolvidables de cómo, al mismo tiempo que se descubre una etimología, se comprueba una conjetura sobre la historia de los sonidos, y un texto antes incomprensible se vuelve inteligible y nos abre un nuevo horizonte cultural; de que se desconozca que el paciente trabajo de eruditos con una experiencia lingüística y cultural que a veces roza lo sobrehumano (pensemos en gente como Wackernagel) es capaz de establecer relaciones, afinidades y conexiones históricas que enriquecen decisivamente la percepción que tenemos de nuestro propio pasado espiritual. Una cierta lejanía respecto del mundo, una cierta autocomplacencia miope, a veces incluso arrogancia, un marcado desprecio frente a lo que hacen los demás (no siempre infundado, por otra parte): más de una personalidad relevante en la investigación de nuestra materia ha descuidado en exceso la interacción con esa sociedad de la que dependen por entero las ciencias humanas, y no le ha prestado suficiente atención. No sólo los indoeuropeístas vamos a pagar cara esta negligencia, sino que la propia sociedad se va a ver empobrecida en un punto muy sensible.

Quisiera terminar formulando algunas dimensiones básicas de la actualidad de la lingüística indoeuropea.

En el curso de los dos últimos siglos, la lingüística indoeuropea ha investigado hasta en sus últimos detalles la historia de nuestras lenguas, ha permitido establecer conexiones lingüísticas y culturales desde España hasta el delta del Ganges y, mediante etimologías seguras, ha proporcionado a la comparación cultural no sólo un fundamento sólido para el uso de los textos como fuentes de conocimiento histórico, sino también un método fiable para la comparación textual.

Por otra parte, desde que la investigación de las leyes fonéticas que permite reconstruir el material disponible ha llegado casi al límite último de lo posible, nuestra ciencia ha recuperado el interés por los propios textos y por los desarrollos

7. «Laute verschoben», como dicen en broma los alemanes tomando pie en la «rotación consonántica» del germánico.

filológicamente relevantes, sobre todo en el campo de los significados. Esto hace que sus resultados sean ahora de una utilidad inmediata para la historia cultural de los pueblos correspondientes. Sería, por ejemplo, imposible escribir la historia antigua de India e Irán al margen de esta investigación.

Sin embargo, el trabajo actual de reconstruir «sistemas» gramaticales y fonológicos protoindoeuropeos tropieza con el mismo tipo de dificultades teóricas que la lingüística general del siglo XX. La certidumbre, incluso la simple verificabilidad de las hipótesis, se pone en peligro con ese tipo de trabajo. Demasiados prejuicios sobre lo que «es» un «sistema lingüístico» pueden quebrar el empirismo de la investigación. En la lingüística indoeuropea debemos aceptar que hay límites condicionados por los materiales que no pueden ser anulados por vía especulativa.

En la era de la globalización una comparación cultural rigurosa es, con seguridad, la única forma de hacer justicia a las diversas culturas y sus rendimientos, así como de juzgar sobre su posible universalidad, algo indispensable si hemos de convivir en las diferencias sin perder los avances sociales y culturales que caracterizan a unas culturas frente a otras, así como al progreso frente a la involución. Sin embargo, esta comparación corre el riesgo de caer en un diletantismo superficial (cosa que se advierte con frecuencia en la ciencia comparativa de las religiones, por ejemplo) si no construye un *paradigma científico responsable*, para lo cual no creo que exista una base más apropiada que la historia de los desarrollos metodológicos de la lingüística indoeuropea, pues lo cierto es que, para la comparación de las grandes culturas, no se ha desarrollado aún una alternativa metodológica fiable a la antropología cultural, centrada, en general, en formas culturales primitivas o degradadas y muy dependiente de categorizaciones demasiado inmediatas e intuitivas. La observación de las formas de evolución y cambio de las lenguas atestiguadas en grandes patrimonios textuales proporciona claves fundamentales para entender la idea misma de la cultura humana y para actuar dentro de ella en forma crítica y responsable.